

LA INSERCIÓN DE MOVIMIENTOS ANTISISTÉMICOS EN LOS ESQUEMAS INSTITUCIONALES LATINOAMERICANOS

ANDRÉS BENAVENTE URBINA*

INTRODUCCIÓN

Nos proponemos abordar en el presente estudio el fenómeno político de la inserción de los movimientos antisistémicos en el sistema democrático, situación que ha ido acentuándose en el último tiempo en América Latina, aun cuando en el pasado se dieron algunos casos similares.

Movimientos antisistémicos son aquellos grupos políticos que se proponen sustituir radicalmente un sistema institucional, así como los valores en que éste se sustenta, por otro de carácter totalizante el que es presentado como proyecto societal alternativo. Los movimientos antisistémicos son por lo mismo —y siempre— de tipo rupturista, dado que la realización de su proyecto no dependerá del juego político-electoral, ni de la búsqueda de consensos, sino del empleo de la fuerza para derrotar el sistema existente.

Por lo mismo el empleo del método insurreccional es consustancial a este tipo de actores, aun cuando el uso mismo de la violencia puede, a veces, tácticamente estar suspendido.

A diferencia de los grupos meramente rebeldes, que pueden serlo sólo por motivos circunstanciales y no contar con una organización que se proyecte como permanente en el tiempo, los movimientos antisistémicos importan necesariamente la posesión de un referente doctrinal, la existencia de un programa y una categórica voluntad de poder. Como lo dice Ellul "La Revolución (a la que apuntan estos movimientos) trata de institucionalizarse" (1).

* Cientista Político. Profesor e investigador de este instituto.

(1) Ellul, Jacques: *Autopsia de la Revolución*, Madrid, Unión Editorial, 1973, p. 49.

Los movimientos insurreccionales en nuestro Continente, o se han tomado el poder como aconteció con el Movimiento 26 de Julio en Cuba y el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua; o han sido derrotados como lo evidencian numerosas guerrillas de los años sesenta; o bien permanecen en el tiempo como actores desestabilizadores sin que avancen significativamente, pero sin que sean derrotados totalmente.

En el pasado algunos grupos insurreccionales, luego de ser derrotados militar y políticamente se incorporaban, con el tiempo, a la vida democrática. Sin embargo, ahora, se dan casos en que movimientos en plenitud de sus acciones deciden establecer bruscos cambios en sus estrategias para alcanzar el poder, aceptando negociaciones serias con los gobiernos a los que se oponen y aceptando la democracia como sistema realmente válido. No es esto producto de una determinación espontánea de los movimientos, sino que se trata de una derivación de una estimación que se hace al interior de éstos respecto de los condicionamientos políticos de sus respectivas sociedades que les muestran lo utópico que resulta acceder al poder por la vía de las armas, insinuándose como más factible la vía política para la realización de algunos de sus aspiraciones programáticas.

Dos son los grandes condicionamientos externos que han pauteado estas determinaciones: el colapso de los socialismos reales y la revalorización de la democracia como sistema político que han hecho las izquierdas latinoamericanas, después de terminada la fase autoritaria.

1. *Crisis y colapso de los socialismos reales*

El colapso de los regímenes de socialismo real en Europa del Este, la desaparición de la Unión Soviética, el aislamiento político de Cuba y la derrota electoral del sandinismo nicaragüense, constituyen factores condicionantes para la mantención y proyección de los movimientos insurreccionales en América Latina.

Unión Soviética intervenía de manera muy clara, hasta el advenimiento de la perestroika, en las acciones de los movimientos insurreccionales que eran denominados <Movimientos de Liberación Nacional>. Era una manera de crear crisis al sistema capitalista, dentro de una concepción estratégica de prolongación de la guerra fría. El Teniente General Vladimir Serebrianikov escribía en 1986 en la Revista Militar de la URSS: "Las guerras de liberación nacional son justas y progresistas, responden a los intereses de las amplias

masas populares del país dado y a las necesidades del desarrollo social conjunto. Estas guerras, por lo general, tienen filo antiimperialista y anticolonialista”(2).

Unión Soviética, empero, estaba interesada en expandir sus buenas relaciones de Estado a Estado, de modo que estas actividades antisistémicas o las realizaba estimulando a los partidos comunistas locales, o valiéndose de terceros países, como los de Europa del Este, Corea del Norte, o bien a través de Cuba y Nicaragua. Con todo, los recursos financieros mayores provenían de sus fuentes.

En diciembre de 1988, Gorbachov pronuncia en Naciones Unidas un discurso en que establece claramente los nuevos lineamientos de la política exterior soviética, estando ya bastante avanzado el proceso de la perestroika. Señala allí que la idea de democratizar todo el orden mundial se ha convertido en poderosa fuerza político-social. Esa democratización, empero, no implicaba —como pudiera haberse leído en otras épocas— una identificación entre socialismo y democracia. Por el contrario, el acento se ponía en la real autodeterminación. “Para nosotros —decía el líder soviético— es incuestionable la necesidad de observar el principio de libertad de opción... Negar este derecho de los pueblos, cualquiera que sea el pretexto o palabra que se use para ello, significaría atentar contra el equilibrio logrado, aunque sea inestable. La libertad de opción es el principio universal que no debe tener excepciones”(3).

En el año siguiente, 1989, se producía el derrumbe de prácticamente todos los esquemas de socialismo real existentes en Europa del Este, llegándose en el caso de Rumania, al derrocamiento sangriento del régimen. Tal fue la dramática concreción para tales sistemas de las palabras de Gorbachov: sin el apoyo de la fuerza y careciendo de legitimidad propia, dichos sistemas se fueron derrumbando uno a uno, aunque de maneras distintas.

Los movimientos insurreccionales también eran advertidos indirectamente del cese de la ayuda económica y militar. “Hoy el progreso mundial es posible únicamente mediante la búsqueda de un consenso de toda la humanidad en el avance hacia un nuevo orden mundial”(4). Pronto a las palabras se unirían los hechos y el otrora gran flujo de ayuda financiera y

(2) *Ibidem*, p. 63.

(3) Gorbachov, Mijail: *Discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas*, diciembre de 1988, reproducido en Revista “Política”, Santiago, Ns. 22-23, junio de 1990.

(4) Gorbachov, Mijail, discurso citado.

logística que provenía de la URSS se paralizó. Uno de los polos en el esquema de la guerra fría afirmaba que debía superarse la etapa de la confrontación y reemplazársela por otra en que primara la búsqueda de consensos. Obviamente, los movimientos insurreccionales quedaban desfasados.

Cuba y su régimen quedaban en la orfandad política y sumidos en una crisis económica, al retirar Moscú sus apoyos preferenciales. Fidel Castro veía finalizado su afán épico de los sesenta de expandir el socialismo por la vía de las armas a otras partes del mundo, en especial en América Latina. Dejando traslucir resentimiento afirmaría en una entrevista periodística: "Los Judas se han vendido por doce monedas... Todo eso es fruto de la contrarrevolución que ha tenido lugar en esos países (URSS y Europa del Este), de todo ese proceso que marcha hacia el capitalismo. Esa gente abandonó el socialismo hace rato y es lógico que se dedique a la Meca del capitalismo, a Estados Unidos"(5).

En febrero de 1990 la insurrección latinoamericana sufre otra derrota en el contexto internacional. En Nicaragua es derrotado electoralmente el Presidente Daniel Ortega, que había encabezado el proceso sandinista. Es elegida Presidente de la República la líder de la oposición, Violeta Chamorro, que paradójicamente había encabezado la primera Junta de Gobierno después del derrocamiento de Somoza.

No es este el espacio adecuado para tratar la evolución del sandinismo en el poder, desde una posición prácticamente totalitaria, que había establecido una categórica hegemonía respecto de todas las demás fuerzas políticas, hasta una postura democrática que les llevó a convocar a elecciones libres con una participación sin restricciones de colectividades políticas. Bastaron dichas elecciones libres, donde estuvo presente la presión del contexto internacional, para que el sandinismo fuese derrotado. Iousu Perales, escribiendo sobre la realización de las elecciones dirá: "En realidad, aunque la democracia formal no es en modo alguno inocente, prescindir de ella puede conducir a peores consecuencias estratégicas"(6). Obviamente en la afirmación anterior se encuentra implícito el reconocimiento de que un modelo socialista que quiere ser realista no tiene sino asumir la metodología democrática si no quiere colapsar.

La viabilidad del proyecto sandinista, ahora, que pasa por su socialde-

(5) Castro, Fidel: *Siempre fuimos solitarios*, entrevista en Revista "Hoy", Santiago, 2 al 8 de julio de 1990.

(6) Perales, Iousu: *Elecciones en Nicaragua*, Madrid, editorial revolución, 1990, p. 50.

mocratización, es absolutamente disfuncional respecto de permanencia y proyección de los grupos insurreccionales en América Latina. Es el propio Borge el que envía un claro mensaje a estas entidades a las que antes se apoyó: "La solución política se está imponiendo por encima de la violenta"(7).

Con la sumatoria de todas estas variables, la opción insurreccional en el continente quedó disminuida en sus posibilidades de alcanzar el poder o, incluso, plantearse a mediano plazo como una alternativa de poder.

2. *La valorización de la democracia en la izquierda*

Con la excepción de los Partidos Comunistas locales, que durante los años ochenta se radicalizaron, en contraposición con la dinámica del proceso político en la Unión Soviética, en la izquierda latinoamericana se produce un curioso fenómeno: la valoración de la democracia como sistema político idóneo, dejándose de lado aquellas concepciones que la habían considerado como una expresión de dominación (burguesa) o simplemente como un procesalismo que no conducía a una transformación socialista.

La valoración de la democracia por quienes antes la peyoratizaban se produce tanto por que la vida en el exilio en los socialismos reales les hace percibir las carencias y contradicciones de éstos, como porque asumen el peso de la etapa autoritaria que les hace considerar como positiva —en ausencia— la libertad política que sólo la democracia como sistema puede otorgar.

Carlos Altamirano, que fuera uno de los líderes del ultrismo socialista durante el período de la Unidad Popular, señala que el exilio le permitió diferenciar concepciones de circunstancias: "Conocí otras realidades y tuve otras visiones del mundo, imposibles de concebir exclusivamente desde la perspectiva latinoamericana. Empecé a preguntarme si efectivamente los socialdemócratas eran grandes traidores a la causa del socialismo o simples oportunistas que habían abdicado de la utopía socialista en aras de administrar el capitalismo. Concluí que esas ideas no se ajustaban a la realidad; que más bien, eran producto de nuestra propia y específica óptica latinoamericana y se debían a una dosis, no escasa, de sobreideologización"(8).

Por su parte el dirigente de Montoneros Pablo Giussani, dirá que el mal

(7) Entrevista a Tomás Borge en reportaje "Nicaragua: todo en transición", en revista Página Abierta del 5 de agosto de 1991, Santiago.

(8) Pulitzer, Patricia: *Altamirano*, Buenos Aires, Grupo editorial Zeta, 1989, p. 160.

radicó en el afán de copiar a la Revolución Cubana y pretender que allí se encontraba una vía universal para acceder al poder y realizar el socialismo, lo cual era falso por cuanto dicha insurrección no era un modelo, sino que había respondido a las especificidades del proceso batistiano. No sin resentimiento, admite: “Millares de jóvenes latinoamericanos fueron arrojados a la muerte durante los últimos veinte años al servicio de esta monumental distorsión, como un tributo pagado en sangre al narcisismo revolucionario de La Habana. Con este rito sacrificar empalma la religión montonera del heroísmo, de la violencia sacramentalizada, de la muerte purificadora, ingredientes de un elitismo militar convertido en fuente de una construcción política estratificante”(9).

Para Guissani el error principal fue el no haber valorado a tiempo la democracia como sistema, cuando ellos aún eran un grupo político. Su inclinación por las armas, al final les quitó todo espacio tanto dentro del peronismo, como dentro de la propia sociedad argentina.

Julio Santucho, hermano del líder del Ejército Revolucionario del Pueblo, de Argentina, escribirá años después de aquella experiencia: “el triunfo del peronismo (marzo de 1973) implicó el ocaso definitivo de la hipótesis de insurrección armada; en esa medida, el lema del ERP <a vencer o morir por la Argentina>, se convertía en una trágica premonición del destino reservado a las fuerzas insurreccionales si las mismas no lograban adecuar su estrategia a las nuevas condiciones de la lucha revolucionaria”. En este caso, claro está, se trata de una valoración menos de fondo de la democracia, pero todo indica que un voluntarismo insurreccional fue lo que llevó al ERP a no considerar el triunfo de Cámpora y después del propio Perón como una categórica expresión de la voluntad del pueblo argentino por transitar por los senderos de la democracia. Esto es lo que lleva a Santucho a concluir que “en 1973 se perdió una oportunidad preciosa para refundar la izquierda argentina en una perspectiva de poder y sobre una base de masas... Un absurdo militarismo alejó al ERP-PRT de esa posibilidad”(10).

En el exilio los dirigentes de los grupos insurreccionales constatan que el socialismo real no se corresponde con el socialismo de la utopía. En algunos casos se dan cuenta allí de que su percepción anterior era equívoca. En un

(9) Guissani, Pablo: *Montoneros, la soberbia armada*. Buenos Aires, editorial Sudamericana-Planeta, sexta edición, 1986, p.123.

(10) Santucho, Julio: *Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo*, Buenos Aires, editorial Punto Sur, 1988, pp. 187 y 192.

estudio del dirigente de la izquierda revolucionaria uruguaya Federico Fasano, se puede leer la siguiente crítica a los socialismos reales: “En Polonia eran obreros comunistas los que en masa fueron a parar a las cárceles pese a la protesta de las más poderosas centrales comunistas de Europa central. En Hungría fue la mayoría del pueblo comunista la que resistió la intervención, corriendo sangre socialista derramada por tanques socialistas en las calles de Budapest. En Checoslovaquia medio millón de comunistas fueron excluidos sin más trámite del partido y sus dirigentes encarcelados, desterrados o exiliados”(11). Salvo Polonia, todo lo anterior existió antes de la derrota tupamara, sin embargo, no era percibido como lo fue durante el exilio. Desde el provincianismo latinoamericano, “las izquierdas desvariadas” de que habla Darcy Ribeiro, no se cuestionaban por aquellas opresiones que acontecían en el campo socialista. Estaban encerradas en sus propias luchas.

El mismo autor trasladará sus críticas hacia los Tupamaros: “La guerrilla tupamara, fuertemente influida por la ola expansiva de la revolución cubana, fue una de las que más bregó por socializar el nacionalismo y nacionalizar el socialismo. Sin embargo, la herencia de una concepción errónea, impuesta por el peso de revolucionarios ilustres, cuyo respeto reverencial les impidió ver el bosque más allá de los árboles, los aplastó tan espectacularmente como habían surgido. Cayeron sepultados bajo el peso abrumador de errores diversos”. El principal de ellos: “Antes, durante y después, privilegió la lucha armada, de que la forma principal pasó a ser única y excluyente. No se conectó suficientemente con el desarrollo de las luchas sociales, sustituyendo la acción y la experiencia de las masas por el heroísmo y el sensacionalismo político”(12).

Tupamaros extraerá después de estas autocríticas las lecciones suficientes como para hacer explícito abandono de la vía armada, e insertarse plenamente en el sistema democrático cuando éste retorna. Hoy forma parte del Frente Amplio.

En las postrimerías de los ochenta parte importante de las fuerzas socialistas de América Latina toman conciencia de que hay cambios importantes que tienen incidencia en sus proposiciones tradicionales. No sólo pesa ya lo que viene aconteciendo en los socialismos reales, no sólo se evalúan negativamente los llamados errores de percepción de los movimientos insurreccio-

(11) Fasano, Fernando: *Después de la derrota. Un eslabón débil llamado Uruguay*, México, editorial Nueva Imagen, 1980, p. 58.

(12) *Ibidem*, pp. 185-186.

nales, sino que deben tomar nota de que la democracia es un valor central de la sociedad si ésta quiere dirimir pacíficamente los disensos políticos.

También deben tomar nota de que el capitalismo no es un sistema económico-social agónico, cuestión que se profundizará en los noventa. Hay sectores socialistas que se muestran cansados de escuchar tan repetidamente que pronto sobrevendría el colapso de aquel sistema. El mexicano Héctor Aguilar comenta que “Hemos pasado también parte de nuestra adolescencia escuchando que esta crisis es la definitiva del capitalismo”(13), pero en verdad lo que ha terminado por constatar es lo contrario.

La oposición a los autoritarismos hace que los socialistas —no así los comunistas locales que se radicalizan— asuman la democracia. El autoritarismo coloca la demanda democrática en primer plano y el discurso en parte importante de la izquierda debe cambiar. Como lo apuntan Mario Dos Santos y Daniel García: “Se producen en amplios sectores sociales un proceso de revalorización de la democracia. En su modalidad clásica ésta se muestra ahora ya no como algo meramente formal e instrumental, sino también como material o sustancial”, luego agregan aludiendo directamente a las expresiones insurreccionales: “La experiencia de la violencia, pensada en un momento por algunos sectores como un costo necesario e ineludible para lograr el cambio social, es ahora cuestionada más profundamente, no sólo por la ineficiencia en las formas o experiencias conocidas, sino también por su potencial capacidad racionalizadora de nuevas formas autoritarias y jerárquicas de relación social”(14). Cuba es la mejor expresión política de que un proceso insurreccional no conduce a la democracia, sino a un esquema de totalitarismo político. Nicaragua, en el tiempo de la plena hegemonía sandinista tampoco fue un paradigma democrático si bien se tuvo el cuidado de mostrar un <pluralismo socialista>.

3. *Los casos de inserción en el sistema institucional de los grupos insurreccionales*

El caso precursor de las inserciones de grupos armados en el sistema democrático, se da —lejano en el tiempo— en Venezuela. Habiendo dado,

(13) Varios autores: *Proyectos de Cambio. La Izquierda en América Latina*. Caracas, editorial Nueva Sociedad, 1988, p. 160.

(14) Dos Santos, Mario y García, Daniel: *Democracia en cuestión y redefinición de la política*, en revista “Crítica y Utopía” N° 8, Buenos Aires, 1982.

la guerrilla, una lucha bastante frontal en contra del Estado en los inicios de la década de los sesenta, llama —buscando una coronación de sus afanes— a la abstención combatiente ante las elecciones presidenciales para suceder a Betancourt. Y entonces, la guerrilla obtiene una derrota políticamente más contundente que la sufrida en el campo militar: más del 90% de los venezolanos concurre a las urnas, repudiando el llamado a la abstención, optando por la democracia.

De ahí la guerrilla comienza a declinar, a sufrir divisiones y varios grupos que la componían, entre ellos el Partido Comunista, se reinsertan en el sistema democrático. Algunos de quienes fueron sus principales dirigentes terminaron después siendo diputados al Congreso Nacional, como Moisés Moleiro y Teodoro Petkoff. Venezuela puede exhibir treinta años de estabilidad, luego de superar los efectos de la violencia.

Moleiro se convertirá después en crítico del marxismo tradicional acusándolo de <esclerótico, sacralizador y dogmático>. Escribirá lo que constituye una panorámica autocrítica de la izquierda y, en parte de su propio pasado: “La izquierda venezolana nunca ha actuado sobre la base de una reflexión teórica propia, solvente y válida en torno al país que intenta transformar. Sucesivamente estalinista y luego tributaria de las resoluciones del XX Congreso que denunciara el <culto> y negó en parte a dicho personaje; foquista por obra y gracia de una reducción simplificante de la Revolución Cubana y su historia; seguidora del pensamiento de Mao Tse Tung en otros de sus estratos; espontaneístas y enemiga por principio de todo intento organizativo centralizante a raíz del mayo francés; dependentóloga en una época, marcusiana en otra, y en los últimos tiempos cercana al Eurocomunismo, no ha logrado en tanto izquierda, elaborar una solución teórica que parta de cuanto la rodea y lo traduzca en aseveraciones y asertos de validez general”(15). Una izquierda incoherente, imitativa, incapaz de entender creadoramente los problemas de América Latina, como la que describe Moleiro, es la que ha terminado en crisis. Y en primer lugar, en sus expresiones más radicalizadas.

Teodoro Petkoff, por su parte formará el Movimiento Al Socialismo, MAS, que desde ser un fraccionamiento del comunismo venezolano, terminará tempranamente reflejando la convergencia entre posiciones del socialismo renovado y el neoliberalismo. Critica al Estado, como lo hacía cuando era

(15) Moleiro, Moisés: *La Izquierda superada*, Caracas, editorial Ateneo, 1983, p. 19.

guerrillero, sólo que ahora lo hace dentro del sistema y con un contenido diametralmente distinto. “El Estado venezolano ha acumulado una burocracia monstruosa que disfraza el nivel real de desempleo; entre el clientelismo partidista y la presión social del Estado ha terminado por ser receptor de una alta porción de la población activa del país. Esa burocratización hace apreciablemente ineficaz la maquinaria administrativa y dificulta el cumplimiento cabal de los propios fines del Estado”(16).

La transcripción de las palabras de Petkoff es para evidenciar cómo el tránsito de los personeros más radicalizados de la izquierda antisistémica, de aquellos que en alguna hora estuvieron por la opción armada, puede ser lo suficientemente largo como para situarse en posiciones cercanas al neoliberalismo, es decir en las antípodas de aquellas posturas primitivas.

Otra experiencia que se puede señalar es la de los grupos guerrilleros peruanos de la década de los sesenta. Uno de sus máximos dirigentes de ese entonces, Héctor Béjar, se insertaría después en la vida política legal, llegando a participar en la Asamblea Constituyente de su país de 1978 y siendo posteriormente elegido diputado. Béjar sigue siendo de izquierda, pero no oculta su crítica a las posiciones tradicionales: “La izquierda revolucionaria latinoamericana no se planteó el subcontinente como motivo de reflexión, ni vio en su singularidad el reto para un esfuerzo de interpretación; lo percibió como campo de acción, de experimentación o repetición, de aplicación de las lecciones positivas o negativas, de otros procesos revolucionarios”. Se está indicando con ello, por un protagonista de uno de los procesos, que a la vía armada se llegó por una acción imitativa de la revolución cubana. El desafío que se plantea, a juicio del ex guerrillero, es “portar una nueva imagen del mundo, un nuevo modelo de orden, nuevos proyectos nacionales, estrategias, políticas de alianzas. Cada vez hay menos puntos de contacto entre ella (entre esta nueva izquierda democrática) y la izquierda marxista-leninista”(17).

El perfil que Béjar traza de un socialismo democrático como reemplazo a la ortodoxia marxista y, particularmente, a la izquierda violentista, lo hace con anticipación al colapso de los socialismo reales en Europa, pero sí en pleno proceso de valorización de la democracia por parte significativa del socialismo en América Latina. Lamentablemente, el ejemplo de Béjar no ha

(16) Petkoff, Teodoro: *Proceso de la Izquierda*, Bogotá, editorial Oveja Negra, 1983, p. 61.

(17) Béjar, Héctor: *Aproximación a nuevos puntos de partida para la izquierda en América Latina*, en Julio Labastida, compilador: *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, editorial Siglo XXI, 1985, p. 307.

prendido en Perú que es un país donde la insurrección sigue no sólo vigente, sino que constituye, excepcionalmente, una amenaza seria para la estabilidad del Estado.

Avanzando en el tiempo, influenciado también por la condicionante de la valoración de la democracia y asumiendo las más tempranas críticas a los socialismos reales, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro en Uruguay resurge luego de reinstalado el sistema democrático, pero ahora como un actor que opta por la vía pacífica, el que luego se incorporará a la alternativa política del Frente Amplio.

En 1985 realiza una convención pública, en que se trazaron varias autocríticas. No se arrepienten de haber hecho uso de la vía armada, pero sí el no haber combinado esa forma de lucha con la lucha política, así como no haberse sabido insertar en los movimientos sociales. Acuerdan en este evento "desarrollar nuestra acción en el marco de la legalidad"(18). En lo programático se insiste en plantear la lucha por la tierra a través de una reforma agraria, en la estatización de la banca y del comercio exterior. Se definen como un movimiento de tipo socialista.

En función del paso dado, uno de los dirigentes expresará en entrevista: "Hay que analizar objetivamente la realidad y trazarse la política adecuada a esa realidad. Si vos te equivocás en la valoración de la realidad no importa que seas teóricamente el mejor de los revolucionarios, te vas a equivocar por completo... Nosotros no afirmamos la legalidad porque ayer estuvimos equivocados en la clandestinidad. Nosotros afirmamos la legalidad de acuerdo a la situación actual"(19).

Hay, en la década del ochenta, otros regresos a la legalidad de movimientos que otrora habían estado por la vía armada. Primaba en ello el factor valoración del sistema democrático a que hemos hecho alusión en una sección especial de esta investigación. En Argentina es el caso de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo. El primero se inserta en el Movimiento Justicialista como corriente interna, de izquierda y socialista, donde terminará diluyéndose prontamente. El segundo se disuelve en cuanto tal y se pliega totalmente al Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT, que antes era su brazo político.

(18) Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros: *Con mención para todos*, folleto mimeografiado, 1986.

(19) Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros: *Legalidad y Autocrítica*, folleto mimeografiado, 1986.

Éste realiza en 1987 su VII Congreso, donde define una alianza político-electoral con el Partido Comunista. Conserva su posición rupturista frente al sistema, en orden a reemplazarlo, pero inserta su acción dentro de los marcos de la legalidad y enfatizando la lucha social. En un diagnóstico de la coyuntura de aquel entonces, el PRT afirmaba: "En términos generales, nuestro partido caracteriza que existe hoy un estado de ánimo en constante avance hacia la lucha y la organización que se acumulan fuerzas y se presentan signos de ofensiva aislados, caracterizados por conquistas específicas"(20). En su VIII Congreso, celebrado en 1990, da cuenta de los cambios que se han producido en el socialismo real. Señala que el socialismo vive un proceso de renovación, al cual adscribe, y tal proceso no es lineal, sino que reviste —como toda transformación— rasgos confusos. Entiende, en todo caso, el proceso de renovación como "la revalorización del socialismo al atacar las tergiversaciones de aspectos fundamentales, al plantear la superación de los dogmatismos y del anquilosamiento de principios que se consideraban inmutables"(21). Percibe el proceso renovador como una respuesta necesaria al desarrollo de una nueva etapa del socialismo marxista. Si bien mantiene su definición tradicional, en lo programático aspira "a la profundización de la democracia"(22).

Nos interesa destacar ahora el caso de la guerrilla colombiana que ha dejado las armas para incorporarse a la vida legal. Debemos hacer presente que, en la historia política de este país, han existido procesos de negociación y de diálogo entre las fuerzas guerrillas y el Estado, siendo el más destacado —antes del presente— el realizado en la administración de Belisario Betancour. Participan allí las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, quienes convienen una tregua e impulsar la formación de una alternativa política de izquierda: la Unión Patriótica, donde participa activamente el Partido Comunista(23).

Prontamente, empero las FARC cuestionaran los convenios suscritos con el gobierno: "En los acuerdos de La Uribe se habla de necesidad del retorno

(20) PRT: *Caracterizar el estado de ánimo de las masas*, en revista "El Combatiente", agosto de 1987.

(21) PRT: *Con la fuerza del pueblo por el Gobierno popular*, VIII Congreso del Partido, 1990, Buenos Aires, editorial 19 de julio, 1991, p. 71.

(22) *Ibidem*, p. 90.

(23) Sobre el proceso de diálogo llevado a cabo por el Presidente Belisario Betancourt, véase nuestra investigación conjunta con Jorge Jaraquemada, "Procesos insurreccionales en América Latina: un análisis de casos", tres tomos, Documentos de Trabajo, I.C.P., Santiago, 1990.

en Colombia a la controversia política civilizada, en un medio ambiente de libertades públicas, para que todos los ciudadanos puedan ejercer sus derechos políticos. Pero la Unión Patriótica no halla ese ambiente, sino todo lo contrario, un ambiente de terror y de muerte... Las FARC están dispuestas a agotar sus esfuerzos en la búsqueda de salidas inteligentes a la gran problemática del país, pero sobre la base de la contribución en este sentido de la contraparte, o sea el gobierno y la maquinaria bélica del Estado”(24).

El gobierno de Virgilio Barco enfocó la cuestión de la guerrilla con una óptica diferente a la de su predecesor, lo cual motivó el rompimiento de la tregua con las FARC, quienes retornan a las armas y forman, con otros grupos guerrilleros, la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Con todo, la Unión Patriótica siguió subsistiendo como partido político legal, como herencia de aquel proceso de pacificación fallido.

Peso a lo anterior, hacia la finalización del gobierno de Barco, la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, plantea su espíritu hacia el diálogo con el Estado que, prontamente, sería encabezado por un nuevo gobierno. En junio de 1989 entregan una declaración en que se afirma: “La unidad de todas las fuerzas patrióticas, revolucionarias y progresistas, la participación, la movilización y la lucha del conjunto de nuestro pueblo lograrán la reconciliación, la democracia y la conquista de un gobierno pluralista que sintetice los anhelos del pueblo colombiano”(25).

El Ministro del Interior de Barco, era César Gaviria, posteriormente Presidente de la República. A él le correspondió iniciar —en la primera de las calidades anotadas— un diálogo con el Movimiento 19 de abril, el que dio frutos positivos a corto plazo, pues conformaron el primer grupo insurreccional importante que abandona las armas, se constituye en partido político y, además, entra a participar con responsabilidades ministeriales en el gobierno de Gaviria.

Carlos Pizarro, por ese entonces máximo dirigente del M. 19 mostraba claramente el cambio de postura del grupo guerrillero: “El M. 19 es una organización de diálogo, que la clandestinidad la mata, que meterse en las selvas y perderse en los páramos castra nuestra vitalidad. Es una organización del pueblo para el pueblo, que por fuera del pueblo se anquilosa”, luego de la autocrítica implícita allí, prosigue premonitoriamente: “Pienso que vamos

(24) Arenas, Jacobo: *Paz, Amigos y Enemigos*, Bogotá, editorial La Abeja Negra, 1990, p. 197.

(25) Arenas, Jacobo: *Vicisitudes del proceso de Paz*, Bogotá, editorial La Abeja Negra, 1990, p. 257.

a entrar en una nueva etapa que tiene que ser de decisiones reales en la transformación de nuestro país”(26).

La incorporación del M. 19 al sistema institucional se produce en 1989, en las postrimerías de la administración Barco, pero es considerado como un logro de su Ministro de Interior. Su actitud es precursora de otras inserciones, como la del Ejército Popular de Liberación, así como de negociaciones que incluyen a la Coordinadora Simón Bolívar, quedando sólo al margen el Ejército de Liberación Nacional, que dirige el ex sacerdote español, Manuel Pérez.

Sobre la incorporación del M. 19 al sistema legal, la dirigente Vera Grabe, comenta: “Si ayer fuimos innovadores en la lucha guerrillera y a través de ella despertamos la conciencia democrática, sacudimos al país y removimos la historia, hoy con mayor razón debemos hacerlo sin las armas. Eso parece más difícil, porque en Colombia aún existe la convicción de que la única fuente de poder son las armas. El desafío es desarrollar nuevas fuentes de poder”(27).

En las elecciones presidenciales de 1990 logra un tercer lugar con 750 mil votos. Posteriormente, el Presidente Gaviria nombrará como Ministro de Salud al Comandante guerrillero y ex candidato presidencial Arturo Navarro. Al explicar su incorporación al gobierno mismo, éste afirmará: “Para una guerrilla que hace seis meses todavía estábamos en el monte, formar parte del gobierno es muy significativo dentro de su proceso de institucionalización ante los ojos del país y del mundo”(28).

En diciembre de 1990 se celebran en Colombia elecciones para Asamblea Constituyente. La Alianza Democrática M. 19 (así es el nombre del partido legal), logra casi un millón de votos. Su grupo de asambleístas fue clave para los consensos internos tanto con liberales como con sectores populistas del conservantismo. Definitivamente, al parecer, con su presencia, se rompió el tradicional bipartidismo colombiano.

Chile puede mostrar, dentro del fenómeno que estudiamos el caso de una fracción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

(26) Pizarro, Carlos: *Guerra a la Guerra*, Bogotá, editorial Tiempo Presente, 1988, pp. 121 y 136.

(27) Grabe, Vera: *Queremos partir la Historia*, artículo en revista “Página Abierta”, 9 al 22 de julio de 1990.

(28) *De guerrillero a Ministro*, entrevista a Antonio Navarro Wolf, revista “Punto Final”, Santiago, octubre de 1990.

El MIR Renovación es una fracción que se separa del tronco histórico en 1987 y decide dejar las armas para insertarse en el proceso político. Participa en la campaña plebiscitaria por el NO en 1988 y con vistas a las elecciones parlamentarias de 1989 forma parte del instrumental Partido Amplio de Izquierda Socialista, llevando algunos de los suyos como candidatos a diputados.

El dirigente Patricio Rivas dará luego las razones: "Empezamos a percibir, a constuir la certidumbre que existían condiciones para la derrota política del régimen". Ya no podía seguir persistiéndose en el error de "un desencuentro grave, catastrófico, entre el accionar militar y la lucha de las masas"(29).

Se trata de una expresión política que mantiene su definición de marxista-leninista. Son críticos del proceso de renovación que se realiza en el socialismo y que caracteriza, de paso, a los disidentes del Partido Comunista. El dirigente Nelson Gutiérrez señala: "Hay izquierdas que se están renovando, pero sus renovaciones no van a una revaloración de la democracia, sino a una revaloración del capitalismo. Nosotros no estamos en eso".

Su meta actual es plantear cómo avanzar en la construcción de una nueva dirección y de una identidad de izquierda revolucionaria y socialista, creando un instrumento legal que exprese a estos sectores. Con todo, se trata de un actor político que al insertarse en la vía sistémica está perdiendo la razón de ser, y varios de sus personeros se están incorporando al Partido Socialista. Los que permanecen en el movimiento apuestan a la reconstitución de un sujeto político socialista luego que fracase el esquema neoliberal de sociedad.

(29) Rivas, Patricio: *Debimos sacar a Miguel Enríquez*, entrevista concedida a revista "Apsi", 1 al 14 de agosto de 1990.